

RELACIONES A LA SANTA SEDE

FERNANDO ALIAGA ROJAS, *Relaciones a la Santa Sede enviadas por los Obispos de Chile colonial. Introducción y textos*, 1 vol. de 148 págs. Universidad Católica de Chile, Santiago, 1975.

Anales de la Facultad de Teología de la Universidad católica de Chile publica, con esta monografía, el cuaderno primero del volumen veinticinco de su colección. Con ella se intenta completar una labor, ya iniciada en una publicación anterior, de colección y traducción castellana de la correspondencia oficial que los Obispos de Chile mantuvieron con la Santa Sede durante la época colonial: en concreto las Relaciones diocesanas que cada Obispo enviaba con ocasión de la visita ad limina que realizaba mediante un procurador o delegado.

El autor ha investigado, para realizar su obra, en el Archivo Vaticano de la Sagrada Congregación del Concilio donde se encuentran en su original latino todas las Relaciones diocesanas que se publican en este libro; así mismo ha consultado diversos archivos más que le han aportado datos históricos y biográficos de interés para la historia eclesiástica de Chile.

Por supuesto, el principal mérito de esta obra está en la publicación misma de unos textos inéditos que contienen un material riquísimo de primera mano para conocer el estado de la Iglesia chilena durante la época colonial. En ellos aparece, como hecho más inmediato, la vinculación directa de la Iglesia chilena con la Sede de Roma y única sumisión a la misma, a pesar de la dependencia que en ciertos aspectos les imponía la corona española.

Entre las conclusiones, todas muy interesantes, que elabora el autor, incluye alguna afirmación que no es fácil compartir, ya que contiene un juicio de valor que responde a una visión pastoral actual con la que se puede estar de acuerdo o no, pero que desde luego, en nuestra opinión, no sirve para juzgar la realidad histórica de la época que contempla: nos referimos a expresiones como las siguientes: «... existe un esfuerzo desproporcionado —por parte de los Obispos— en la construcción de templos y capillas, lo que diríamos manifiesta las características de la dependencia» (p. 137). ¿No podía deberse dicho esfuerzo al convencimiento «correcto» que los Obispos tuvieran de la importancia simbólica y catequística que el templo tiene para aprender a vivir la unidad eclesial: el Rebaño de Cristo con su Pastor en la Casa del Padre?

En otra de las conclusiones afirma: «Se siente la urgencia de aplicar cada uno de los sacramentos y, por lo mismo, se lamenta la falta de número de sacerdotes frente al número de habitantes. Elemento cuantitativo que no ahonda en lo cualitativo» (p. 136). Efectivamente ahondar en lo cualitativo es importante en

la vida cristiana; ahora bien, juzgar sobre el grado de profundización en lo cualitativo —formación doctrinal— y su relación con lo cuantitativo —frecuencia de sacramentos y vivencia de los mismos— pertenece a la prudencia pastoral para la que estaban más capacitados los Obispos que regían entonces aquellas iglesias y cuya entrega heroica es testimoniada por el mismo autor, que un historiador que contempla los hechos a cuatro siglos de distancia.

El contenido completo del libro es como sigue: Prólogo e índice bibliográfico y de siglas. Introducción general en la que estudia brevemente las relaciones Iglesia-Estado en las Indias occidentales, la bula *Romanus Pontifex* y la visita ad limina, sus repercusiones en la política del real patronato español, y las Relaciones diocesanas de Lima, México, Santiago de Chile y Concepción. Las distintas Relaciones diocesanas de Santiago de Chile y de Concepción en las que se incluye una introducción biográfica del Obispo que la envió. Un índice temático y otro de lugares y nombres que aparecen en dichas Relaciones.

La presentación tipográfica está bien cuidada.

JUAN ARIAS GÓMEZ

LA CURA DE ALMAS EN LOS S. XVI-XVII

JOSE MARIA DIAZ MORENO, S. I., *La regulación jurídica de la cura de almas en los canonistas hispánicos de los siglos XVI-XVII*, 1 vol. de 517 págs. Biblioteca Teológica Granadina, 14, Granada 1972.

Uno de los temas de mayor interés general que se le plantea al canonista de nuestro tiempo es el de las relaciones entre Derecho y Pastoral. En el plano teórico no ofrece ninguna duda, en mi opinión, que la regulación jurídica de las instituciones y de la actividad de la Iglesia se conforme como un instrumento al servicio de la finalidad de la Iglesia que no es otra que el *pastoreo* o conducción de las almas a su destino último según el proyecto divino realizado en Jesucristo. Cosa distinta es el planteamiento de la cuestión en un plano técnico en el que sí puede ser aceptable, en casos concretos, la acusación de distanciamiento entre la norma o la estructura y aquella finalidad mediata y última para la que se han creado. De aquí que cualquier intento por hacer más perfecta la conexión en la finalidad entre la actividad jurídica y la pastoral de la Iglesia debe ser bien recibido, como lo es en el presente caso la monografía del P. Díaz Moreno sobre la *cura animarum* en los canonistas hispanos de los siglos XVI y XVII.

El trabajo —que a nuestro juicio se encuadra o se sitúa en el contexto de esas relaciones entre Derecho y pastoral— es de carácter eminentemente histórico, circunscrito a un período concreto (sig. XVI y XVII), a un territorio determinado (la península Ibérica, incluido Portugal), y a unas fuentes bien precisas, la doctrina de los canonistas, excluyendo el acceso a otras fuentes como los Concilios o la jurisprudencia. Con razón el propio autor califica su obra como «una introducción al estudio de la práctica pastoral en la España posttridentina» que debe ser continuada por otros trabajos complementarios.

La elección del tiempo y el contorno geográfico referidos estuvo motivada, según palabras del autor, «por el pensamiento de que se trataba de un tiempo conciliar y posconciliar, cómo lo es también el que providencialmente nos ha tocado vivir. La historia sigue siendo maestra de la vida».

Esta idea está latente a lo largo del trabajo. De ahí que el método, que por fuerza y primordialmente es **histórico-jurídico**, quiebre al final de cada capítulo, al no renunciar el autor a aprovechar las lecciones de la historia para el momento actual; lo que hace a través de unas breves reflexiones tendentes a proyectar sobre el presente, con las naturales adaptaciones, algunas de las conclusiones extraídas del período histórico que estudia en profundidad.

El trabajo está dividido sistemáticamente en seis capítulos y dos grandes apéndices. En los dos primeros capítulos estudia y desarrolla algunos conceptos fundamentales y la relación entre potestad eclesiástica y cura de almas. A partir del tercer capítulo comienza el estudio de los distintos sacramentos en la perspectiva de la cura de almas. En los dos apéndices trata respectivamente de los últimos sacramentos, viático y extremaunción, de los funerales y de la predicación. Respecto a estos últimos temas, el autor justifica su inclusión en un apéndice porque «tienen más bien el carácter de **notas** que el de un análisis preciso y detallado». Trata sólo de proporcionar **una información** que complemente lo dicho anteriormente.

Como ya quedó dicho implícitamente al comienzo de esta breve reseña, el juicio que nos merece el presente trabajo es altamente positivo, tanto desde el punto de vista científico, como desde el punto de vista de las ideas y criterios jurídicos y pastorales sugeridos por el pensamiento de los autores consultados y proyectados sobre la Iglesia de nuestro tiempo. Es acertado y de interés el tema elegido, sobre todo si lo enmarcamos en ese tema general de las relaciones Derecho-Pastoral al que me referí al principio. La **cura animarum**, y los sacramentos como núcleo fundamental de la misma, es el principal punto de convergencia entre pastoral y derecho, y lo debe ser, por consecuencia, entre la teología pastoral y la ciencia del derecho, sin que esto signifique una confusión de planos y de métodos, ni ingerencias indebidas de una ciencia sobre la otra. Ambas ciencias se interrelacionan y complementan mutuamente, porque ambas ciencias están

al servicio de la finalidad última de la Iglesia. La técnica pastoral ha de arbitrar los medios necesarios para que el fiel (o el catecúmeno o los padres del bautizando) vivan con mayor plenitud las exigencias sacramentales, pero en ningún caso el pastoralista ha de despreciar o minusvalorar los cauces jurídicos por los que ha de discurrir en paz, orden y justicia la actividad eclesial de pastores y fieles.

También es acertado el período histórico sobre el que ha versado el estudio, si bien, como el autor da a entender, difícilmente se advertirán todas las dimensiones jurídicas de la **cura animarum**, hasta tanto no se conozca, dentro de ese mismo período, la normativa al respecto de Concilios y sínodos, y muy especialmente las decisiones jurisprudenciales por la conexión que éstas tienen con la vida real. Entonces como ahora, la jurisprudencia, en mi opinión, representa un momento importante en la vida jurídica de la Iglesia; y para el tema que nos ocupa es indiscutible su interés, pues es quizá a través de ella donde mejor se adviertan las correcciones que el sentido de justicia de la Iglesia va marcando a las incontroladas e irracionales —y por tanto injustas— pretensiones «pastoralistas», configurando así la verdadera función del Derecho Canónico como la ordenación justa de la actividad pastoral y no una simple ordenación o regulación de cosas.

Tienen también interés las reflexiones finales de cada capítulo, al menos desde el punto de vista práctico. Quizás muchos lectores encuentren en esas reflexiones el mayor aliciente del trabajo, si bien cabe decir que lo histórico tiene un valor en sí mismo que las prisas y las urgencias del momento a veces nos impiden apreciar. Pero sobre todo conviene advertir que simultanear lo histórico con lo actual, o aplicar el pasado al presente es una tarea apasionante pero llena de dificultades cuando se quiere hacer con todo rigor y en profundidad. De lo contrario existe el riesgo de hacer un trasvase falseado de categorías, o dicho de otra manera, de mirar el pasado desde el prisma del pensamiento actual y reconducir después ese «pasado» al momento actual, invocándolo como argumento histórico.

Entiéndase esta puntualización a lo sumo como una crítica puramente formal, pues ya dejamos sentado el interés práctico de dichas reflexiones y el buen criterio doctrinal, pastoral y jurídico que las imbuye. En este sentido debo decir que son pocas las ideas vertidas en el trabajo que no comparta en términos generales. Pese a que el autor está informado de las últimas **modas** y de ellas deja constancia —el bautismo de niños es un ejemplo (p. 202)—, estimo que el P. Díaz Moreno acierta al deslindar con claridad el campo del Derecho y lo que «es un problema de técnica pastoral que cae ya fuera del ámbito del Derecho».

Junto a esta general concordancia de criterios en lo sustancial, debo sólo señalar alguna pequeña discrepancia en torno a ciertas cuestiones matrimoniales; en concreto, en relación con la presencia del sacerdote como testigo cualificado en la celebración de las nup-

cias entre cristianos. No es éste lugar apropiado para un análisis detallado de este interesante y delicado tema que involucra otras cuestiones matrimoniales. Sólo diré que es obvio que el matrimonio entre cristianos es un acontecimiento que interesa y afecta no sólo a los esposos, sino a toda la Iglesia; y cabría añadir que a toda la sociedad. Pero no me parece tan obvio ni creo que pueda afirmarse tan tajantemente que «el matrimonio adquiere **plenamente** su "rango eclesial" cuando el sacerdote **—dotado de la necesaria autoridad y en nombre de la Iglesia jerárquica—** une sus manos y unidas las bendice» (p. 450). O como dice más adelante: «Y a través de él y mediante él (el sacerdote) adquiere el sacramento del matrimonio su total dimensión eclesial» (p. 454).

Me parece que aquí el autor no ha tenido en cuenta aquel acertado criterio consistente en deslindar las exigencias pastorales y las exigencias jurídicas e incluso teológicas. Porque una cosa es que sea laudable pastoralmente revalorizar la misión del sacerdote como testigo cualificado y otra cosa muy distinta que esa revalorización se lleve hasta el extremo de hacer depender de su presencia cualificada el logro de la total dimensión **eclesial** del sacramento del matrimonio, como si se pudiera decir que **objetivamente** existe un más y un menos, una parcial o total dimensión eclesial. Es pastoralmente bueno que esa dimensión eclesial, aparezca ante los fieles como más visible y palpable, y estoy seguro que esta motivación pastoral constituye una razón de peso para el mantenimiento de la forma canónica y el perfeccionamiento de todo lo relativo a la presencia del sacerdote como representante de la Iglesia. Pero de aquí no se puede concluir que la dimensión eclesial del sacramento dependa de esa presencia activa del sacerdote. Mucho tendría que cambiar la doctrina y praxis de la Iglesia para tener que rectificar este criterio. ¿Dejará de ser sacramento y tener rango plenamente eclesial el matrimonio válido de dos infieles que posteriormente se bautizan?

TOMAS RINCON

REGION Y RELIGION

FRANCISCO ASTARLOA VILLENA. *Región y religión en las Constituyentes de 1931*. Ed. Caja de Ahorros de Torrente (Valencia), 1975.

Francisco Astarloa alcanzó el doctorado en Derecho en el año 1974, con la tesis «La Constitución española de 1931». Actualmente es Profesor Adjunto interino de la Cátedra de Derecho Político de la Universidad de Valencia, cuyo titular es el doctor Diego Sevilla Andrés. «Región y religión en las Constituyentes de

1931» es parte de la mencionada tesis, y pertenece a la primera etapa docente del Prof. Astarloa.

El prólogo, del doctor Sevilla, sitúa perfectamente este trabajo, aunque no puede evitar una cierta impresión de apresuramiento en la redacción: los párrafos son demasiado largos y presentan, a un tiempo, amplio conocimiento de los temas y amalgama de ideas.

Astarloa presenta su trabajo en una regular edición de un total de 194 págs. Dos ideas aparecen claramente: concisión y fluidez. Junto a ellas, la posibilidad de ampliar mucho más los temas tratados, la cuidada redacción y la profusión de citas textuales, bien de los protagonistas del momento histórico, de la prensa o del Diario de Sesiones de Las Cortes.

El capítulo I (El derrumbamiento de la Monarquía constitucional) es sobrio y breve, con clara finalidad introductora. Se limita a una visión general de los principales acontecimientos, incurriendo en algunas reiteraciones al referirse a la apatía y a la frivolidad de los políticos conservadores antes de 1931, y en comparar la situación a la de 1868. Las citas son abundantes, preferentemente de políticos de signo monárquico y conservador: Cambó, Berenguer, Maura, Mola, etcétera, con algunas referencias a los trabajos de Stanley G. Payne y Raymond Carr sobre el período.

El capítulo II (Panorama de las fuerzas políticas) continúa con la labor aproximadora al tema central, esbozando las polémicas surgidas en torno a la forma de gobierno y la situación de los partidos políticos. Como conclusión: «El mal está claro: no hay partidos políticos con un programa capaz de atraer» (p. 49), al menos contemplando a los monárquicos y teniendo en cuenta la disgregación de los elementos republicanos hasta el Pacto de San Sebastián (agosto de 1930). Será el capítulo III (La llegada de la II República. Iniciación del proceso constitucional) el que revele ya, cercano al tema, los elementos que tomarán parte en los principales artículos de la Constitución republicana: sólo la tenue unidad del Pacto y el derrotismo de los antes grandes partidos monárquicos proporcionarán el débil entramado político de la etapa constituyente (14-IV-1931 - 27-XI-1931). A partir de ahí, con la Constitución ya aprobada, el bandazo hacia la izquierda está protagonizado por la fuerza del bloque socialista y el prestigio individual de Manuel Azaña.

Están muy bien destacadas las incidencias más importantes en el terreno social y político, y la polarización —a nivel parlamentario como social— hacia los dos grandes temas centrales de la Constitución: la confesionalidad, con sus derivaciones, y las autonomías regionales.

Capítulo IV (El problema regional): «el problema más grave con el que se enfrentó la II República, al menos externamente, fue el catalán» (pág. 79) y, por reflejo, la autonomía de vascos y gallegos.

Astarloa hace aquí gala de un ágil discernimiento de los hechos, circunstancias y contradicciones que se produjeron en aquellas jornadas de las Cortes. Utilizando como contrafuerte las citas textuales coetáneas,